

LOPE DE VEGA, FÉLIX (1562-1635)

LOS PASTORES DE BELÉN

I

Nace al alba María
y el sol con ella,
desterrando la noche
de nuestras penas.
Nace el alba clara,
la noche pisa;
del cielo la risa
su paz declara;
el tiempo se para
por sólo vella,
desterrando la noche
de nuestras penas.
Para ser señora
del cielo, levanta
esta niña santa
su luz como aurora;
él canta, ella llora
divinas perlas,
desterrando la noche
de nuestras penas.

Aquella luz pura
del sol procede,
porque cuanto puede
le da hermosura.
El alba asegura
que viene cerca,
desterrando la noche
de nuestras penas.

II

¿Dónde vais, zagala,
sola en el monte?
Mas quien lleva el sol

no teme la noche.
¿Dónde vais, María,
divina esposa,
madre gloriosa
de quien os cría?
¿Qué haréis si el día
se va al Ocaso
y en el monte acaso
la noche os coge?
Mas quien lleva el sol
no teme la noche.
El ver las estrellas
me causa enojos,
pero vuestros ojos
más lucen que ellas.
Ya sale con ellas
la noche oscura;
a vuestra hermosura
la luz se asconde;
mas quien lleva el sol
no teme la noche.

III

¡Cuán bienaventurado
aquél que puede llamarse justamente,
que sin tener cuidado
de la malicia y lengua de la gente,
a la virtud contraria
la suya pasa en vida solitaria!

¡Dichoso el que no mira
del altivo señor las altas casas,
ni de mirar se admira
fuertes colunas oprimiendo basas,
en las soberbias puertas,
a la lisonja eternamente abiertas!

Los altos frontispicios,
con el noble blasón de sus pasados,
los bélicos oficios,
de timbres y banderas coronados,
desprecia y tiene en menos
que en el campo los olmos, de hojas llenos.

No sufre el confiado
en quien puede morir, y que al fin muere,
ni humilde al levantado
con vanas sumisiones le prefiere,
sin ver que no hay coluna
segura en las mudanzas de fortuna.

Ni va sin luz delante
del señor poderoso, que atropella
sus fuerzas arrogante,
pues es mejor de noche ser estrella
que por la compañía
del sol dorado no lucir de día.

¡Dichoso el que, apartado
de aquéllos que se tienen por discretos,
no habla desvelado
en sutiles sentencias y concetos,
ni inventa voces nuevas,
más de ambición que del ingenio pruebas!

Ni escucha al malicioso
que de todo cuanto ve le desagrada,
ni al crítico enfadoso
teme la esquiva condición, fundada
en la calumnia sola,
fuego activo del oro que acrisola.

Ni aquellos arrogantes
por el verde laurel de alguna ciencia,
que llaman ignorantes
los que tiene por sabios la experiencia,
porque la ciencia en suma
no sale del laurel, mas de la pluma.

No da el saber el grado
sino el ingenio natural, del arte
y estudio acompañado,
que el hábito y los cursos no son parte,
ni aquella ilustre rama,
faltando lo esencial para dar fama.

¡Oh cuántos hay que viven
a sus cortas esferas condenados!
Hoy lo que ayer escriben,
ingenios como espejos que, quebrados,

muestran siempre de un modo
lo mismo en cualquier parte que en el todo.

¡Dichoso, pues, mil veces
el solo que en su campo, descuidado
de vanas altiveces,
cuanto rompiendo va con el arado
baña con la corriente
del agua que destila de su frente!

El ave sacra a Marte
le despierta del sueño perezoso,
y el vestido sin arte
traslada presto al cuerpo, temeroso
de que la luz del día
por las quiebras del techo entrar porfía.

Revuelve la ceniza,
sopla el humoso pino mal quemado;
el animal se eriza
que estaba entre las pajas acostado.
Ya la tiniebla huye
y lo que hurtó a la luz le restituye.

El pobre almuerzo aliña,
come y da de comer a los dos bueyes,
y en el barbecho o viña,
sin envidiar los patios de los reyes,
ufano se pasea
a vista de las casas de su aldea.

Y son tan derribadas,
que aun no llega el soldado a su aposento,
ni sus armas colgadas
de sus paredes vio, ni el corpulento
caballo estar atado
al humilde pesebre del ganado.

Caliéntase el enero,
alrededor de sus hijuelos todos,
a un roble, ardiendo entero,
y allí contando de diversos modos
de la extranjera guerra,
duerme seguro y goza de su tierra.

Ni deuda en plazo breve,

ni nave por la mar su paz impide,
ni a la fama se atreve;
con el reloj del sol sus horas mide,
y la incierta postrera
ni la teme cobarde ni la espera.

IV

Zagala divina,
bella labradora,
boca de rubíes,
ojos de paloma,
Santísima Virgen,
soberana aurora,
arco de los cielos
y del sol corona:
tantas cosas cuentan
sagradas historias
de vuestra hermosura,
que el alma me roban:
que tenéis del cielo,
morena graciosa,
la puerta en el pecho,
la llave en la boca.

*Vuestras gracias me cuentan,
zagala hermosa;
mientras más me dicen,
más me enamoran.*

Dícenme que sois
de las tres personas
el trono divino
en que asisten todas;
que ya el Padre Eterno
Hija suya os nombra,
el Hijo su Madre
y el Amor su Esposa;
que ya el vellocino,
de la tierra alfombra,
lloviendo las nubes
de perlas se borda.

Que tenéis guardada
en vos una joya

que de Dios el pecho
dignamente adorna.

Vuestras gracias, etc.

Que tenéis la cara
como cuando llora
sobre blancos lirios
la mañana aljófara;
que sois nieve pura
sobre quien deshojan
purpúreos claveles
o encarnadas rosas.

Yo no sé quién sirve
hermosuras locas,
flores de la tierra
que la muerte corta,
y deja de amaros,
divina Señora,
a cuya belleza
la luna se postra.

Vuestras gracias, etc.

Cuéntanme que al templo
fuistes, niña hermosa,
cuyas quince gradas
las subistes sola;
que en él ofrecistes
para tanta gloria
casta vida y alma,
palabras y obras;
que aunque sois casada
la misma vitoria
tendréis hoy que antes
y después que agora.
Seréis Madre y Virgen,
porque os hizo sombra
el amor divino
de quien sois Esposa.

Vuestras gracias, etc.

V

A mi niño combaten
fuegos y hielos,
sólo amor padeciera
tan gran tormento.
Del amor el fuego
y del tiempo el frío,
al dulce amor mío
quitan el sosiego.
Digo cuando llego
a verle, riendo:
Sólo amor padeciera
tan gran tormento.
Helarse algún pecho
y el alma abrasarse
sólo puede hallarse
que amor lo haya hecho.
Niño satisfecho
de fuego y hielo,
sólo amor padeciera
tan gran tormento.

VI

Hoy al hielo nace
en Belén mi Dios,
cántale su Madre
y él llora de amor.
Aquel Verbo santo,
luz y resplandor
de su Padre Eterno,
que es quien le engendró,
en la tierra nace
por los hombres hoy;
cántale su Madre
y él llora de amor.
Como fue su Madre
de tal perfección,
un precioso nácar
sólo abierto al sol,
las que llora al Niño
finas perlas son.

Cántale su Madre
y él llora de amor.
No lloréis, mi vida,
que me dais pasión,
le dice la Niña
que al Niño parió.
Témpanse los aires
a su dulce voz;
cántale su Madre
y él llora de amor.

VII

Este Niño y Dios, Antón,
que en Belén tiembla y suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
Este Niño celestial
tiene unos ojos tan bellos,
que se va el alma tras ellos
como a centro natural.
Ya es cordero y no es león,
y como dejó la ira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
Antiguamente miraba
en nube, monte y en fuego
y en ofendiéndole, luego
del ofensor se vengaba;
mas después que vino, Antón,
donde como hombre suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
No se dejaba mirar
envuelto en nubes y velos;
ahora en pajas y hielos
se deja ver y tocar.
Y como ve a los que son
la causa por que suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

VIII

La niña a quien dijo el ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trujo tan altas nuevas,
ya le mira en un pesebre
llorando lágrimas tiernas,
que obligándose a ser hombre
también se obliga a sus penas.
«¿Qué tenéis, dulce Jesús?
le dice la niña bella,
¿tan presto sentís, mis ojos,
el dolor de mi pobreza?
Yo no tengo otros palacios
en que recibiros pueda,
sino mis brazos y pechos
que os regalan y sustentan.
No puedo más, amor mío,
porque si yo más pudiera
vos sabéis que vuestros cielos
envidiaran mi riqueza».
El niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su eterno Padre inmensa,
mas revelándole el alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.
Ella entonces, desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa:

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto:
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño,

tened los ramos.

El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Rigurosos yelos
le están cercando;
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.
Ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.